

Primer Manifiesto del Surrealismo

Surrealismo es el movimiento literario y artístico, surgido después de la Primera Guerra Mundial, que se alzó contra toda forma de orden y de convención lógica, moral y social, frente a las que, con la expresión de "Funcionamiento Real del Pensamiento" opuso los valores del sueño, del instinto, del deseo y de la rebelión.

El Duende, para destacar la significación esencial de este movimiento, publicará en entregas sucesivas, el Primer Manifiesto del Surrealismo de André Breton.

"En el año 1924 aparece en París el "Primer Manifiesto del Surrealismo" de André Breton, y puede decirse que desde ese momento se abre un camino para la poesía y el arte contemporáneo de consecuencias incalculables... Por eso, hoy más que nunca, los manifiestos surrealistas conservan su candente vigencia... los jóvenes la sienten hondamente, y una sorda rebelión que toma los más diversos caracteres, bullen en ellos. Para los jóvenes, que todavía son puros, el mensaje de Breton está especialmente destinado".

A.P.



ANDRÉ BRETON

FRAGMENTO I

Tanto va la fe a la vida, a lo que en vida hay de más precario -me refiero a la vida real-, que finalmente esa fe se pierde. El hombre, soñador impenitente, cada día más descontento de su suerte, da vueltas fatigosamente alrededor de los objetos que se ha visto obligado a usar, y que le han proporcionado su indolencia o su esfuerzo; casi siempre su esfuerzo, ya que se ha resignado a trabajar, o, por lo menos, no se ha negado a tentar su suerte (¡lo que él llama su suerte!). Una gran modestia constituye actualmente su patrimonio: sabe cuáles son las mujeres que ha poseído y en qué ridículas aventuras se ha enredado; tanto su fortuna como su pobreza le son indiferentes -pareciéndose en esto a un niño recién nacido- y en cuanto a la aprobación de su conciencia moral, admito que prescindí de ella sin gran esfuerzo. Si conserva cierta lucidez no le queda sino volverse para mirar atrás, hacia su propia infancia que, por mutilada que haya sido gracias a los cuidados de sus domadores, no por eso deja de parecerle llena de encantos. En ella, la carencia de cualquier rigor conocido le otorga la perspectiva de vivir varias vidas simultáneas; se arraiga en esta ilusión y sólo quiere saber de la facilidad instantánea y extrema de todas las cosas. Cada mañana los niños parten sin preocupación. Todo está cerca, las peores condiciones materiales resultan maravillosas. Los bosques son blancos o negros, no se dormirá jamás.

Aunque es cierto que no se puede llegar tan lejos, no depende esto sólo de la distancia. Las amenazas se acumulan y uno cede, uno abandona parte del terreno a conquistar. Aquella imaginación, que no reconocía límites, ahora sólo se la dejan utilizar subordinada a las leyes de una utilidad arbitraria; incapaz ella de asumir por mucho tiempo empleo tan inferior, generalmente prefiere, cuando el hombre cumple veinte años, abandonarlo a su destino sin luz.

Cuando, con el andar del tiempo, el hombre -que nota la pérdida progresiva de todas las razones de vivir y la incapacidad en que se encuentra ya de colocarse a la altura de cualquier situación excepcional, el amor por ejemplo-, quiera intentar una reacción, ya no podrá tener éxito. Pertenece en adelante, en cuerpo y alma, a una imperiosa necesidad práctica que no admite postergaciones. Faltará a sus gestos amplitud, y a sus ideas, envergadura. De todo lo que le ocurra o pueda ocurrirle, sólo tomará en cuenta lo que relacione este acontecimiento con una multitud de acontecimientos análogos en los que no ha tomado parte: acontecimientos fallidos. Yo diría que juzgará ese acontecimiento relacionándolo con uno de aquellos que, por sus consecuencias, resulte más tranquilizador que los otros. Bajo ningún pretexto verá en él su salvación.

Querida imaginación, lo que más quiero en ti es que no perdonas.

Lo único que todavía me exalta es la palabra libertad. La creo capaz de mantener indefinidamente el viejo fanatismo humano. Responde, sin lugar a dudas, a mi única aspiración legítima. Entre

tantos infortunios que heredamos hay que reconocer que también nos han dejado la máxima libertad espiritual. Depende de nosotros no hacer de ella un uso equivocado. Reducir la imaginación a la esclavitud, aun cuando sea en provecho de lo que se llama groseramente felicidad, significa alejarse de todo lo que, en lo más hondo de uno mismo, existe de justicia suprema. La imaginación sola me informa sobre lo que puede ser, y esto ya es suficiente para atenuar algo la terrible prohibición, y quizá también para que yo me abandone a ella sin temor de engañarme (como si hubiera posibilidad de engañarse más aún). ¿Dónde la imaginación comienza a hacerse peligrosa y dónde cesa la seguridad del espíritu? Para el espíritu, la posibilidad de errar ¿no constituirá quizás la contingencia del bien?-

Queda la locura, "la locura que se encierra", como se dice con acierto. Esa o la otra. Todos saben, en efecto, que los locos sólo deben su internación a una pequeña cantidad de actos reprimidos por las leyes y que, a no mediar tales actos, su libertad (por lo menos lo visible de su libertad) no estaría en juego. Me inclino a creer que tales seres son víctimas en alguna forma de su imaginación que los impulsa a la inobservancia de ciertas reglas, al rebasar las cuales el género humano se siente amenazado, hecho que todos hemos pagado con nuestra experiencia. Pero la profunda despreocupación que demuestran hacia las críticas que se les dirigen, y aún hacia los diversos correctivos que se les infligen, permite suponer que ellos obtienen tan elevado confortamiento de su imaginación y gozan tanto con su delirio que no pueden admitir que sólo sea válido para ellos. Por esta razón, las alucinaciones, las ilusiones, etc., no constituyen fuentes de goce despreciables. La sensualidad mejor dispuesta saca de allí su provecho; y yo sé que muchas noches retendría esa linda mano que en las últimas páginas de La Inteligencia de Taine se dedica curiosos estragos. Me pasaría la vida provocando las confidencias de los locos. Son sujetos de escrupulosa honradez, y su inocencia sólo es igualada por la mía. Fue necesario que Colón zarpara en compañía de locos para que se descubriera a América. Y ved cómo esa locura ha ido tomando cuerpo y ha perdurado.

CONTINUARA

ANDRÉ BRETON (1896- 1966). Escritor y poeta francés. Uno de los fundadores del Movimiento Surrealista. Tomado de "Manifiesto del Surrealismo". Ed. Argonauta-Alianza Francesa. Buenos Aires (Argentina)